

Melba Escobar, *Las huérfanas*

Seix Barral, 2024. 216 pp.
ISBN 978-628-7655-68-3

Ángela M. González Echeverry/Universidad de Caldas

Melba Escobar (Cali, 1976) comienza publicando textos de literatura infantil como “*Titi aprende a ser responsable*” y “*Los pequeños salvajes*” (Editorial Presencia). También, escribe artículos en el periódico local de Cali, tarea reconocida en el 2013 por su columna de opinión. En 2010 Planeta publica su novela *Duermevela*, cuya narración fragmentaria sobre el duelo enmarca un relato geográficamente dual con trazos autobiográficos que se advierten asiduamente en otros de sus textos. En el 2014 Tragaluz publica *Johnny y el mar* una obra catalogada por la misma escritora como juvenil y en el 2015 la novela *La casa de la belleza*. En esta historia la protagonista, después de migrar a la capital, trabaja creando un espacio seguro para que otras mujeres entren en contacto con su humanidad, mientras ella les hace sus peinados. Por su parte, *La mujer que hablaba sola* (Seix Barral, 2019), su tercera novela es un relato hacia dentro de un personaje que suelta, en clave de monólogo, dolores y culpas de madre en un país donde todos pueden ser cómplices. En el 2020 aparece *Cuando éramos felices y no lo sabíamos* un libro de viajes y en este mismo año Editorial Planeta publica *Mamá ¿ya se acabó el Coronavirus?* Otro título de su autoría *Huir al presente* (Seix Barral 2025) reúne ensayos cortos que se entrelazan con ilustraciones de Isabel Giraldo y Ricardo Cardona. En septiembre del 2021 escribe en la sección de cultura de *El País* (España), diario del que es colaboradora ocasional, que no participaría en la Feria del Libro de Madrid, en la cual Colombia era el país invitado, por cuanto pedía neutralidad política para quienes participaran. Escobar manifestó de forma vehemente la no existencia de neutralidad. Muy a pesar de este impase político-cultural la colombiana persiste dándole letra a su propia voz.

Su última novela, *Las huérfanas* (Seix Barral 2024), es un relato de heridas, pero sobre todo es un terreno movedido en el que la salud mental y sus quiebres empalman una familia. El relato se inicia con el evento fallido del suicidio de la madre de la protagonista, y el presente abrumador de la muerte de su prima quien se acaba de quitar la vida. Esta temporalidad rota instala a los lectores en una reminiscencia fronteriza que es en realidad un diálogo con prejuicios culturales, enfermedades que no ha sido posible nombrar y marcas identitarias por las que se evacúan las vergüenzas y las ausencias. Hay un salvamento desde las primeras páginas, una invitación a romper el tiempo y volver sobre aquellos acontecimientos que duran poco, pero que son para siempre.

Una invitación a visitar tiempos de los que nunca se habla y a vivir muy a pesar del deseo de morir. Tal cual como Myriam Nogales, quien quiso morir pero sobrevivió, a diferencia de la otra Myriam, quien no lo conjuró.

La protagonista es testigo forzosa de los quiebres de lo humano, de lo imperfecto de su relación con su madre, de los actos solemnes de la memoria y de las pulsiones de la muerte. También lo es de conversaciones entre hermanas, tías y sobrinas en cementerios, cenas y visitas de pésame. A través de un resbalón de recuerdos la narradora se relata como una observadora mansa y temerosa de cargar con lo siniestro del destino. Mientras tanto, el relato vuelve sobre la impostura de los proyectos familiares, el origen de los linajes criollos, el exilio y el silencio. La cordura y el miedo a perder la razón hacen de esta historia una circuito que interpela acerca de las posturas culturales, los orígenes de la melancolía y la soledad del amor.

La orfandad que habita la protagonista, y que muy probablemente da paso al título de la novela, narra los vínculos contradictorios con la madre, la dualidad de su carácter, la complejidad de una mujer de envites oscuros y distantes que solía pasar horas en la cocina, que amó y odió la vida, y que fue dejando destellos de esas identidades femeninas que la protagonista procura revelar, y quizás resistir, pero sobre todo relatar. En la nebulosa del suicidio de la prima, Melba la narradora, sus cuatro hermanas y toda una familia encaran la muerte y el miedo a perder la razón, mientras persiste la paradójica idea de contar y escribir.

Los apartados del relato íntimo y familiar se intercalan con tono desentendido y meramente anecdótico con la historia de Colombia. Esta estructura narrativa escueta aparece para revelar al abuelo paterno y contener al personaje del padre: ambos detonantes emocionales de la madre. Se narra a un padre comprometido con su propio proyecto personal y político, pero desentendido de las emociones familiares y una madre, que temiendo el abandono, decretaría la tristeza y padecería de amor.

Asimismo, la novela abre y cierra cajones con objetos, nombres y recetas que pactan sus formas con la desgracia de Myriam de Nogales, la madre, y con la renuncia de Myriam, aquella prima que se tiró al ferrocarril justo antes

de que pasara el tren. Yuxtaponer y aparear estas vidas de tiempo y padecimientos humanos confirman que la escritura de Melba Escobar es como se percibe en su lectura, un imperativo familiar. *Las huérfanas*, con una melancolía terca, aviva nombres femeninos y recorridos personales, que poco a poco sacuden las idealizaciones del maternaje, del privilegio y del desarraigo que persiste cuando volvemos a la intimidad de las familias.